

Hombre durmiendo, Walker Evans, La Habana, 1933.



# LA HABANA

## *Cuaderno de Horas*

AMÉRICO CRISTÓFALO

LAS IMÁGENES DE WALKER EVANS QUE ACOMPAÑAN EL TEXTO SON PARTE DE LAS 31 FOTOGRAFÍAS ORIGINALES QUE ILUSTRARON *The Crime of Cuba* DE CARLETON BEALS. EVANS VIAJÓ A CÚBA A PRINCIPIOS DE 1933 CON EL ENCARGO DE RETRATAR LA SOCIEDAD CUBANA BAJO EL RÉGIMEN DEL DICTADOR GERARDO MACHADO Y DENUNCIAR LA CORRUPCIÓN Y LA COMPLICIDAD DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Las imágenes hacen el teatro.  
Desprendimiento de representaciones, de apariencias (...)  
Lucrecio

### La Habana, 12.02.07

Buen paso hoy. Malecón, Paseo del Prado. Luz frontal o lateral exponiéndose, un arco de punta a punta, y difundida entre figuras de solitación: baja el bemol que da pasto en las ciudades, materia de atomismo, Lucrecio, separada, veloz a propósito del terror o el cansancio o la pesadez de trato con el ser o la muerte, y honra esta luz de La Habana, ahora que todo entre nosotros se presenta filtrado por un pellejo compacto. El habanero camina *sin cansancio, sin finalidad*: imbatible ceremonia que deja atrás las ridículas presunciones vocacionales del turista, el habanero baila, o mejor, va moviéndose, y pasa. La costa de piedra, los bancos pesados, de piedra, el hierro. Los materiales de La Habana en dignidad de uso y decaimiento, un farol en su gracia corporal, gastada, límpida imagen del ángel de la historia que retrasa la tempestad del progreso: *decó* de La Habana, *barroco* de La Habana. ¿No es esta interrupción, esta milicia disonante sobre todo la Revolución de Cuba? Se ve muy bien ahora: aspiraciones de modernización: débiles, o más, objetadas, ligerísima avidez en cuanto reacción de futuro, porque La Habana se enaltece de imágenes y citas del pasado.

Nombres de calle: Consulado, Hornos, Ánimas, Zanja, Obrapía, Mercaderes, San Ignacio, fachadas, terrazas, andar entre casas desconocidas, detenerse en solares y entrar, cerebro discretamente, impresión de oler. La vida en la calle. Me requiere una alegría, una obligación de cortesía barrial. La Habana recostada en recados de misión. Esta soltura compuesta.

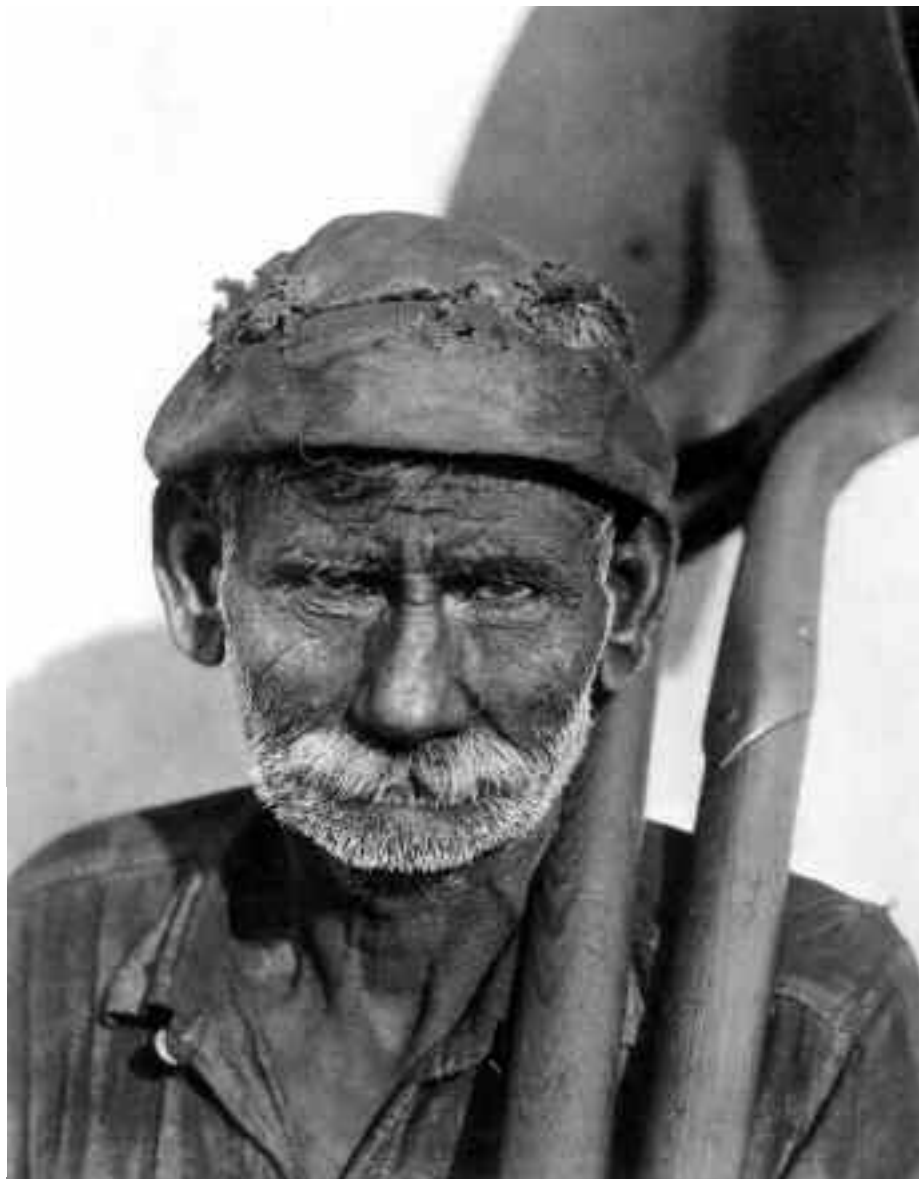
### 13.02.07

Costumbres. Una barra de café. Sobriedad muy precisa: desplazamientos, modales de conversación (pregunto la flor nacional: la ceiba, “dijo *ceiba* porque es un negro de santería”). “El Che está muerto, negro, ¡muerto!”, apuntándolo, una de Abacúa, el gordo de *Variedades Obispo* acaba de golpearse (con la palma, el pecho) y decirme justo cuando pasa ella: “para mí, el Che está vivo, está vivo”. Ella de blanco, el gordo: boina y sandalias, los pies hinchados, cardenales. La obrita, ahí desenredándose, comedia apacible, en qué quedamos: vivo o muerto.

Antes: en los pasajes de La Habana (entrar sobre el barrio viejo, la vida en la calle, lo claro contrasta) el tono apagado, se diría una coloración con detalles de perfecta turbiedad. (De un lado, de otro: Leónidas). Vidriera a media altura, repartida, angosta: una bicicleta, sola. Sí: brillo bajo de la mercancía, ruido bajo. Calle Obispo. Tres de la tarde, todo en marcha, moviéndose, a ritmo, paso a paso. Puesto de arroz con pollo, puesto de helados. El bar, reminiscencias de La Martona –banqueta baja clavada al suelo, asiento redondo, de cuero deshilachándose, vitrinas enormes, dos o tres pizzas adentro, y fritos–, de La Perla, El Paulista. Cerveza tirada, poca presión. En la pared: *Variedades Obispo con Fidel*.



Ciudadano en el centro de La Habana, Walker Evans, La Habana, 1933.



Honorable picaresca: ya antes con Damián ofrecimiento de habanos, ahora una reserva invitándome a comprar grabaciones de Bola de Nieve, quizá mañana, estoy acá, pase. El gordo: Angola y el milagro de las cubanas, “dan cátedra”, recomienda comer sin sal, bueno para los ojos.

#### 14.02.07

Desayuno, fruta, huevos. El Nacional. Al morro, en el otro extremo. Paisaje de la Feria. Hablar en sala Lezama, capilla de la fortaleza. Enfrente: capitania general. Fotos. Edición llamada independiente. Pienso empezar por agradecer. Agradezco. Breve historia de Poulet Malassis. Relato de los días en Bruselas, las tapas libertinas de Rops, jesuita de Namur, caída en el interior barroco, la prensa y los poemas prohibidos, el juicio,



Números de lotería, Walker Evans, La Habana, 1933.

para llegar: la religión democrática quiere pensarse por fuera de su censura, limpia, pone todo al alcance de la mano, y nada nuevo, este cogollo de opinión pública que murmura su papel tolerante, su liberal *open minded* pagado con aburrimiento y pintoresquismo amoroso, cultural. Muy acostumbrados al espectáculo de esta vigilancia, los críticos de Cuba no distinguen la distribución señorial de las horas cubanas. La Habana de Baudelaire. Ciudad contrarreformista. La Habana de las viejecitas. La Habana en juego, galante. La Habana moderna, porque es moderna una ciudad que dialoga con lo que está de paso, lo que se mueve y arruina, moderna conversación de la ciudad con el cuerpo, este compromiso de apariencias.

Pollo frito. Compró una edición cubana de *Pichiciegos*, de *La muerte de Virgilio*. En un bar de Mercaderes, abro y leo: *Las ventanas sin vidrios y en su mayoría también sin batientes, miraban oscuras la garganta, negros los negocios abovedados como sótanos, parecidos a oscuras cuevas, de donde salía la cháchara de toda clase de regateo menudo, el regateo de la pobreza, el regateo para las necesidades de las próximas horas (...) como si la fiesta imperial estuviera a mil millas de esa calle.* (Brindisi, llega Virgilio enfermo; Hermann Broch).

Cena en *El emperador*. Un cumplido de pescado para calmar ánimos argentinos; hay una pareja que espera al lado, en la recepción, sonríen, vestidos en la década del cincuenta, están ahí celebrándose, es La Habana galante, San Valentín (a la tarde en Mercaderes: un envase de *Primavera*), cortinas rojas, manteles, luz muy tenue hacia el fondo; impasibles,

se susurran, nos miran, y para nuestra impertinencia nerviosa abro y leo: *a los cuerpos primarios no se les ha otorgado descanso alguno.*

15.02.07

Día suelto. Bajamos con Víctor. Paso lentísimo. San Lázaro (cruces, breves arreglos de negocios menores, la necesidad diaria). 11 am: un Cristo negro: la Montserrat, en Cataluña. 11.30: callejón Yombá, teatro afrocubano, pinturas, en el sótano, colores de entresijos negros, amarillos, azules, afuera bailan, “la mulatez no es un rasgo racial, es una categoría anímica”. Torpeza de pensar a partir de enlaces, representaciones y conceptos fisiológicos, pensar los estilos de uso en la arquitectura, de usos escénicos y rítmicos, del trato con las cosas, con el trabajo, de la comedia, del peso histórico de la comedia que va a saltos, que aprueba a saltos la alegría repartida del sacrificio.

12.30: —¿Sabés a qué se apostaba en esta plaza, ahí en la esquina? Al número de las patentes: par contra impar; ahí pasa un auto: ¿par o impar? Juegos invisibles. El cruce en cuestión: Galiano y San Rafael, se dice *esquina del pecado*, porque *pecado* tiene usos todavía vivos. Enfrente, escombros de grandes almacenes, los años de Meyer Lansky. Un bollo de coco comprado a través de una ventana. Comentarios acerca del frente frío. 13: la terraza del Inglaterra. Víctor se mete en un relato notable (rozar una fortuna y perderla, como la historia en Marsella del Benjamín de *Haschís*), gana un premio grande que no cobra, un trío, guitarra, violón, tumbadora, buenas voces, una mujer canta.

De ahí al Prado, comida árabe en un piso alto, riquísima, almorzar al ron. Lenta sobremesa, ritmo que se impone por el ritmo mayor de La Habana. Fumar el puro, el gusto de la respiración, contraer y dilatar aire, aristocracia química del humo cubano, fumar, fumar sin examen brutal de conservación, de salud y vigilancia que viene de balances y cuentas del estado de derecho. “Teníamos ese refinamiento que tienen las gentes (...) cuando están dedicadas al cultivo de hojas muy nobles” (Lezama). Salimos. 15 hs: una vuelta por la casa de Trocadero, en la esquina siguiente 20 ó 30 o más personas miran arriba. Arriba es un balcón pequeñísimo, no muy alto, primer piso. Dos tipos quieren meter para adentro una reja pesadísima de hierro forjado, los vecinos desde abajo dan indicaciones: un poco a la izquierda, un poco más alto, compadre. Tírala arriba, tírala. Diez minutos o más de esta escena. Nos miramos con Víctor. Alucinados. Ya digo: los usos del tiempo en La Habana. Atrás, unos muchachos juegan béisbol con palos y una pelota de goma. Una mujer pasa, despacio, fuente de frutas, pocas, y un pan. 16: volviendo al Vedado, a pie, una farmacia: “Si te sonríen, ya está”. Ya digo: la vida en la calle.

16.30: ¿qué pasa? Nos sirven ron en dos vasitos: festejan el cumpleaños de un vecino en la cuadra, más baile, más música. Es un día corriente. 17 hs: el viento volteó un semáforo a la altura del Malecón, prende verde, amarillo, rojo, está en el suelo.

Sentados en reposeras de la galería. Una tarde encendida. Formas irreprochables de sobriedad, de belleza simple, de una fuerza disciplinada por falta de solemnidad, por falta de propaganda y abstracción, el orden jovial con que La Habana derrota sus fantasmas.

Cena en el barrio chino. Conversación con Daniel y Silvia. Poetas latinos. Horacio, alto, y Lucano (que no levantó la fundación y gloria de Roma, que escribió el decoro de su destrucción).



Cine, Walker Evans, La Habana, 1933.

17.02.07

Lecturas y discusión en Plaza de Armas, terraza del Palacio del Segundo Cabo, invitados por Reina. Lo que leen Daniel y María. Hablamos de ritmo, de Perlongher, del barro porteño, de la piedra en la costa de ahí. Imágenes claras del puerto. Arrufat nos lleva a caminar. Estamos en Plaza Vieja, señala una casa: los vecinos se niegan a pintar el frente. Las columnas. Las calles de una judería. En el bar La América, comenta lo que queda de Piñera. Abro un libro que María acaba de comprar en los puestos de Plaza de Armas, por azar: “Amantes de la quimera,/yo calmaré vuestro mal:/soy la dicha artificial,/que es la dicha verdadera.” (Julián del Casal)

Toda la tarde en la Feria. El lenguaje popular, delicadísimo. Los libros dispuestos en escala inobjetable, desprendidos también, como las cosas, de pasiones hipnóticas, industriosas. Revisamos una pila con Sergio. Los objetos yacen, descansan en el uso, en la lectura. Los libros: ajenos a neurosis de posesión. Indiferentes a redención. La Habana, indiferente a la empresa por venir. Despejada de ilusión. Despejada de retórica publicitaria, carteles, marquesinas, brillos. El lenguaje de una soberanía sobre las cosas.

De noche: jazz cubano. Pérez-Pérez. Trompetas. David, silencioso, gestual. El jardinero citó a Hernández de memoria. Enfrente del Riviera. Nos ofrecen el vuelto en paquetes de Romeo y Julieta, aceptamos. A pie, tarde, por el Malecón, hay charcos, el mar a saltos.

18.02.07

Voy al café del Bacardí. *Art déco* perfecto. La Habana para mí, en los '70, una promesa de avance, de conquista histórica, y ahora, exagero quizá sin fundamento, una revolución atesorada en su rechazo de puritanismo, de reforma, desencajada de la moral burguesa del progreso, del trabajo, de los auspicios ideales del hombre ilimitado, de la naturaleza ilimitada, de los índices y orientaciones tecnocráticas, del retorno superior al origen bueno, un relato de rigor jesuítico en diálogo con su exceso sensual.

Leo para Reina, Jorge, Susana y un americano amigo. Escucho quejas por el shampoo. Discuten. Me regalan unas publicaciones encuadernadas a cordón, un método japonés tradicional, bellísimas. Quedo en mandarles *Discusión sobre el pecado*, de Bataille.

Ya está, ahora a la playa, a Santa María, hoy pasó el frente frío.